

detrás formando como un lazo y la Pepa, de satén de lana, ribeteado de terciopelo con mangas de jamón y estrecho de abajo.



La Pepa se crió con sus tíos Antonio Carruana y Manuela Zaínos Martínez, dueños de la taberna del Rastro donde paraba Candeales el padre con sus portes de vino que dieron lugar al entronque familiar.

En aquel tiempo y en el mío, las tabernas de Madrid estaban pintadas de rojo, de color de sangre de toro, y las paredes empapeladas de colores más o menos oscuros que disimularan las manchas del vino tinto que salpicaban mucho al vaciarlo de los pellejos. Por asientos tenían banquetas alrededor de mesas como retostadas, envejecidas por el uso y un mostrador forrado de latón. La jaula del canario pendiente del techo, algún gato manso dormitando por los rincones y un reloj de pared con incrustaciones de nácar en la tapa de la caja. Un hueco de puerta con cortina de color sufrido comunicaba el despacho con la trastienda y por lo general con la vivienda del tabernero.

El aire de nuestra tabernerilla era de rumbo popular, con ínfulas o ligazón con más alto comercio. Su prima tenía tienda de pianos donde se rozaría con damas burguesas y hasta con las de abolengo, pero siempre a tono con la inclinación sainetesca o zarzuelera.

Puede que Juan Antonio estuviera en Madrid de soldado y con el